

FRINÉ Y TEODOTA: DOS MODELOS EN LA ATENAS CLÁSICA

Catalina Aparicio Villalonga
Universitat de les Illes Balears

RESUMEN: Friné y Teodota, heteras de proverbial belleza, ejercieron su oficio en la Atenas clásica y pasaron a la historia gracias a los testimonios que nos hablan de sus relaciones con personajes tan ilustres como Sócrates, Praxíteles, Jenócrates o Alcibiades, entre otros. Se trata de mujeres que, además de ser modelos, pues posaron para artistas, constituyen un verdadero estereotipo de la hetera: naturaleza exuberante, inteligencia, relaciones con filósofos e independencia económica son algunas de las características comunes que las configuran.

PALABRAS CLAVE: hetera, modelo, belleza, inteligencia, riqueza, libertad, filósofo, fama, Friné, Teodota, Praxíteles.

ABSTRACT: Phryne and Theodota, hetaerae of legendary beauty, exercised their trade in classical Athens and went down in history thanks to the testimonies of their relationships with such illustrious figures as Socrates, Praxiteles, Xenocrates and Alcibiades, among others. In addition to posing for artists, these women were veritable stereotypes of hetaerae: their exuberant nature, intelligence, relationships with philosophers and economic independence are some of their common traits.

KEY WORDS: Hetera, Model, Beauty, Intelligence, Richness, Freedom, Philosopher, Reputation, Phryne, Teodota, Praxiteles.

Introducción

Dada la situación de la mujer en la *polis*, recluida en el *oikos* y excluida de toda actividad pública, aquellas que eligieron un modelo de vida distinto al que se les asignaba socialmente, pasaron a la historia como heteras. Se trata de mujeres que, al traspasar los muros del gineceo y renunciar al tutelaje de un *kyrios*¹, consiguieron grandes cotas de independencia. Tanto es así, que fueron, en realidad, las únicas mujeres libres². Este trabajo pretende analizar los comentarios que nos han llegado de dos de ellas, Friné y Teodota, con la intención de dilucidar si los rasgos que las caracterizan pudieran serles propios o, por el contrario, conformarían una tópica manera de representar a la hetera. La similitud de la idiosincrasia de ambos personajes nos permite establecer un paralelismo metodológico que nos facilite las conclusiones. Las fuentes nos hablan de dos mujeres de extraordinaria

¹ «Toda mujer estaba sometida al tutelaje de un *kyrios* (“el que tiene autoridad o poder”) a lo largo de su vida. En condiciones normales primero lo era su padre y luego su marido». Cortés, 2005: 43.

² Mossé, 1990: 71.

belleza que trabajaron como modelo de artistas; asimismo relatan sendos episodios en relación con dos filósofos: Jenócrates y Sócrates, respectivamente. En ambos casos, las dos mujeres hacen gala de una más que sobrada facilidad de palabra e inteligencia. Ricas y solicitadas por muchos amantes son protagonistas de unas circunstancias que las convierten en paradigma de hetera, motivo que justifica nuestra elección para llevar a cabo este estudio. Pero el hecho que más llama nuestra atención es el vínculo que mantuvieron con artistas de la época. La deslumbrante belleza que poseyeron, unida a una conducta expedita y sin pudibundez las convirtió en modelos predilectas de escultores y pintores, de ahí el título que hemos elegido.

1. De Mnesarete a «Friné, hija de Epicles, de Tespias»³

Friné abandonó su Tespias natal, donde pastoreaba cabras, para trasladarse a Atenas, ciudad en la que lograría un gran éxito profesional como hetera. Los testimonios que nos hablan de esta espectacular mujer hacen referencia, sobre todo, a dos de sus cualidades: una belleza excepcional y una gran facilidad de lenguaje; ambas cualidades, sin duda, debieron contribuir a su renombre, convirtiéndola en una de las heteras más deseadas de su época. Sin embargo, su trayectoria debió sortear algunas dificultades importantes, entre ellas, una condena a muerte por impiedad.

Nada sabemos de los motivos que llevaron a Mnesarete a dejar su lugar de nacimiento e instalarse en Atenas; pero sí podemos reconstruir, más o menos, la biografía ateniense de Friné, gracias a los comentarios que diversos autores nos han transmitido. Ateneo de Náucratis, en el libro XIII de *La cena de los eruditos*, «Sobre las mujeres», pone en boca de los comensales numerosas referencias a la hetera, en su mayoría citas textuales de fragmentos de comedias. Esto indicaría que Friné debió ser un personaje habitual de comedia⁴, hecho que vendría a corroborar su gran fama.

La primera cita que aparece es de la comedia *Neótide*, del poeta cómico Anaxilas:

Friné hace de Caribdis no lejos de aquí,
Coge al piloto y lo devora barco y todo⁵.

Esta terrible asimilación de la mujer con la bestia se encuentra en el centro de un pasaje de la referida comedia, donde un grupo de heteras son equiparadas a tantos otros monstruos mitológicos: Plagón es identificada con la Quimera; Sinope, con Hidra; Nanio, con Escila y Teano, con una sirena. Asimismo, se les atribuye a todas las heteras una forma de hablar enigmática, por lo que cabría llamarlas a todas «Esfinge tebana». Concluye el fragmento con la afirmación de que «no hay ninguna bestia más abominable que una cortesana»

La siguiente referencia a Friné la encontramos en una cita de la comedia *Neera* de Timocles, en la que un hombre se lamenta de su suerte en estos términos:

Yo, desgraciado de mí
enamorado de Friné, cuando todavía la alcaparra
recogía y no tenía cuanto ahora tiene,
me he gastado grandes sumas de dinero en cada visita y de su puerta
he sido excluido⁶.

³ Ath. XIII 59.

⁴ Sanchís, 1994: 86, n. 147, mantiene que Friné es la hetera más veces mencionada en la comedia del siglo IV a.C.

⁵ Ath. XIII 6.

⁶ Ath. XIII 22.

La queja de este enamorado antiguo nos permite deducir el cambio de posición social que Friné habría experimentado; una ascensión que le permitía otorgar sus favores a quien elegía libremente.

El poeta Macón, en su obra titulada *Anécdotas*, cuenta de Friné el siguiente episodio:

A Friné, la de Tespias, la pretendía Mérico,
Y después, cuando ella le pidió una mina,
Mérico replicó: «Demasiado –contestó– ¿no estuviste
el otro día con un extranjero cobrando sólo dos monedas de oro?».
«Pues bien –replica Friné– espera hasta que
tenga ganas de hacerlo y aceptaré esa cantidad.»⁷

Como vemos, la libertad de Friné no es solo de elección entre la clientela. El importe por servicio varía en función de sus gustos y, como no, de sus apetencias.

Hasta aquí, las noticias de la hetera que nos transmite Ateneo van conformando la personalidad de Friné, que podríamos resumir en una clara potencia destructiva; un gran poder de seducción; independencia y, por consiguiente, libertad de elección, a la vez que una espectacular desenvoltura. Sin embargo, hasta ahora, el personaje Friné no se distingue con nitidez de otras compañeras de profesión. Son muchas las heteras citadas en los mismos contextos con más o menos similares apreciaciones, circunstancia que iguala sus caracteres.

Los comensales del banquete prosiguen, en su llamativo alarde de memoria, con reflexiones acerca de la formación de las heteras y con la exposición de respuestas ingeniosas que muchas habrían dado gracias a su dedicación al estudio. En esta nueva trama vuelve a surgir la de Tespias, para poner en evidencia tanto su agudeza como su facilidad para realizar juegos de palabras. Mirtilo nos dice:

Friné, en una ocasión que cenaba con un hombre que olía a cabra, levantó una piel de cerdo y dijo: «Toma y come esto»⁸. Uno de sus amigos le envió vino bueno, pero escaso, y le dijo que tenía diez años de solera, mas ella replicó: «Pequeño para los muchos años que tiene». Al mostrarse un truhán petulante con ella y decirle que había sido abrazado por «muchas», aparentó entristecerse. Y cuando aquél le preguntó la causa, respondió: «Estoy enfadada contigo porque tienes muchas»⁹. Un amante interesado, llamándola con palabras cariñosas, le dijo: «Eres la pequeña Afrodita de Praxíteles», y ella repondió: «Y tú el Eros de Fidias»¹⁰.

Sin duda, esta habilidad lingüística también tiene que ver con la inteligencia, de la que Pausanias ha dejado testimonio al relatarnos la manera en que la mujer se hace con el Eros de Praxíteles:

Un día, cuando Friné le pidió la más hermosa de sus obras, dicen que accedió a dársela al instante, pero que no quiso decir la que le parecía más hermosa. Entonces, un esclavo de Friné entró corriendo y le dijo que la mayoría de las obras de Praxíteles se habían perdido por haberse incendiado su casa, pero que no todo había desaparecido. Praxíteles al punto corrió afuera y dijo que no le quedaba ya nada si las llamas habían alcanzado al sátiro y a Eros.

⁷ Ath. XIII 45.

⁸ *Tráge* es un imperativo, pero también es vocativo de *trágos*, macho cabrío.

⁹ Muchas puede referirse tanto a mujeres como a golpes; la traducción no permite reflejar este juego de palabras.

¹⁰ Ath. XIII 49. Juego de palabras que tiene que ver con la etimología de los dos nombres: Praxíteles, el que reclama un pago; Fidias tiene que ver con *pheidomai*, abstenerse de pagar.

Friné le dijo que estuviera tranquilo, pues no había sucedido nada grave, y que, sorprendido por esta estratagema, ya había reconocido cuáles eran las más hermosas de sus obras. De esta manera, Friné eligió el Eros¹¹.

Pero continuemos con Ateneo. A las ingeniosas réplicas de las heteras le sigue, también en boca de Mirtilo, una relación de las más bellas, entre las que se suceden muchas que mantuvieron relaciones con filósofos. En este nuevo tema de discusión Friné será tratada *in extenso*, pero, antes, cuando se habla de una tal Laide de Hicara, se nos dice que «En un tiempo, Laide, rivalizando con Friné, tuvo una gran turba de amantes»¹². Entendemos, pues, que poseer gran cantidad de amantes era sólo patrimonio de algunas, y, que, al colocar a Friné como elemento de comparación, deducimos que debió ser la que con más amantes se relacionó. Esto no debe resultar extraño, si atendemos a su belleza, tan glosada por muchos; por eso, en el catálogo de bellas mujeres que expone Mirtilo ocupa un destacado lugar, en cuanto a extensión y detalles se refiere.

Mirtilo comienza diciendo que el orador Hiperides, que la defendería de la acusación de Eutias por impiedad, reconoce en su discurso *A favor de Friné* estar enamorado de ella¹³. Le sigue la más importante exposición de hechos que sobre Friné conservamos, permitiéndonos configurar la identidad de esta singular mujer. Veamos algunos fragmentos especialmente significativos:

Y es que Hiperides, cuando estaba defendiendo a Friné, como quiera que en nada lograba tener éxito con sus palabras y los jueces parecían estar dispuestos a condenarla, después de conducirla a donde todos pudieran verla, rasgar su ropa interior y dejar su pecho desnudo, pronunció los lamentos del epilogo a la vista de ella y consiguió que los jueces sintieran temores supersticiosos y que, perdonándola con misericordia, no mataran a la intérprete y sacerdotisa de Afrodita¹⁴.

Respecto del acontecimiento de la defensa de Hiperides, conviene comentar dos cartas contenidas en el ficticio epistolario de Alcifrón que, a pesar de ser espurio, arroja luz sobre el suceso, pues, debemos tener en cuenta que este autor bebe de unas fuentes muy precisas: la Comedia Nueva; y la comedia, si bien exagera los rasgos, parte siempre de hechos reales y conocidos, para, así, poder asegurarse la comprensión del público. En el libro IV «Cartas de cortesanas», encontramos una de Báquide a Hiperides en la que la hetera manifiesta al orador el agradecimiento de las cortesanas por la defensa que de Friné ha llevado a cabo en su proceso. Es tanta su gratitud, que habla en estos términos:

Todas y cada una de nosotras, las cortesanas, te estamos tan agradecidas como Friné, pues, aunque el pleito, que el maldito Eutias ha entablado, afecta solamente a ella, sin embargo, el riesgo nos alcanza a todas. [...] ¡Ojalá recibas por tu generosidad bienes sin cuento! Tú te has ganado a pulso una excelente amante y nosotras estamos dispuestas a corresponderte en su nombre. Si llegaras a dejar por escrito la defensa que hiciste a favor de Friné, entonces nosotras, las cortesanas, te erigiremos, sin duda alguna, una estatua de oro, en el lugar de Grecia que prefieras¹⁵.

En la siguiente carta, Báquide se dirige a Friné para hablarle de su preocupación ante el peligro que ésta afrontaba debido a la acusación de Eutias, pero que, después del desenlace, es mucha su satisfacción porque, además de haberse librado de un malvado amante,

¹¹ Paus. I 20.

¹² Ath. XIII 54.

¹³ Ath. XIII 58.

¹⁴ Ath. XIII 59.

¹⁵ Alciph. IV 3.

Eutias, ha conseguido otro excelente, Hiperides. Asimismo, se alegra de la celebridad que ha conseguido gracias al juicio, que la ha hecho famosa en toda Grecia. Báquide aconseja a Friné que no acceda a los nuevos requerimientos que, sin duda, recibirá de Eutias y que, en cambio, se preste a colmar de atenciones a Hiperides, quien con seguridad las espera como muestras de agradecimiento. La misiva acaba con un singular consejo:

Querida amiga, no nos causes perjuicio a nosotras, las cortesanas, ni contribuyas —accediendo a las peticiones de Eutias— a que se piense que Hiperides actuó erróneamente al defenderte. Tampoco prestes oído a los que afirman que si no hubieras enseñado tus pechos tras haber abierto tu vestido, de nada habría servido el defensor. Pues era precisa la defensa de aquél, para que este mismo gesto resultase oportuno¹⁶.

Según las palabras de Báquide, no fue Hiperides quien destapó los encantos de Friné, sino ella misma, aunque como muy claramente señala, sin la defensa del orador aquel gesto no hubiera tenido el mismo efecto. Debemos entender, pues, que la combinación de la defensa de Hiperides con la exuberante belleza de la mujer consiguió conmover a los jueces, que la absolvieron.

Mirtilo explica que tras lo ocurrido en el juicio de Friné, para evitar que se repitiese una escena semejante, se prohibió que los defensores se lamentasen y que los juicios fuesen públicos. Esto indica que los miembros del tribunal se supieron vulnerables ante la maniobra que escenificaron defensor y acusada, posiblemente en connivencia¹⁷. También nos dice que el poeta cómico Prosidipo escribió en *La Efesia* estas cosas:

Friné fue en un tiempo la más ilustre de nuestras heteras, con mucho. Y aunque seas demasiado joven para recordar esos tiempos, habrás oído hablar de su juicio. Si bien parecía haber causado graves daños a la vida de los demás, cautivó al tribunal de los heliastas para salvar su propia vida, y, cogiendo una por una las diestras de los jueces, con lágrimas salvó a duras penas su vida¹⁸.

No cabe duda de que, sea como fuere, en el famoso juicio se llevó a cabo una representación tan efectiva que, además de conseguir la absolución, tuvo un gran eco social del que se hizo cargo la Comedia Nueva.

Pero volvamos a Mirtilo y a su exposición sobre la belleza de la hetera:

Friné era ciertamente más bella en las partes de su cuerpo no visibles. Por ello precisamente no era fácil verla desnuda: en efecto, vestía una túnica que la ceñía y no acudía a los baños públicos. En las fiestas Eleusinas y en las de Poseidón a la vista de todos los llegados desde cualquier lugar de Grecia, quitándose el vestido y soltándose el cabello, se adentraba en el mar. Y tomándola como modelo, pintó Apeles su *Afrodita surgiendo del mar*¹⁹.

Este pasaje es en verdad revelador en cuanto a la personalidad de Friné, una mujer que deja intuir su atractivo cuerpo bajo una túnica ceñida, pero que no se exhibe de manera cotidiana en los baños públicos. Ella cuando se muestra lo hace a lo grande, es decir, durante las fiestas Eleusinas, las celebraciones religiosas más importantes de Atenas y

¹⁶ Alciph. IV 4.

¹⁷ Cf. Pérez-Prendes, 2005: 33-46.

¹⁸ Ath. XIII 60.

¹⁹ Ath. XIII 59.

representando, ante los ojos estupefactos de los asistentes, el mismísimo nacimiento de la diosa del amor: Afrodita *Anadyomene*²⁰. Semejante insolencia en su comportamiento bien le hubiera podido valer la acusación de impiedad de la que fue objeto por parte de Eutias, si bien parece, a juzgar por lo escrito por Alcifrón, que la verdadera causa se encontraba en los celos de aquél. En todo caso, Eutias debió apelar a algún hecho para que su denuncia prosperase y, como veremos, Friné dispone de todo un repertorio de actuaciones del que su acusador pudo echar mano. Ella se sabe divina, y como una diosa se exhibe durante los ritos de Eleusis y en las fiestas de Poseidón, adentrándose desnuda en el mar para resurgir espléndida de entre las olas. Sin embargo, la tradición no representaba a Afrodita desnuda, pudiendo ser tales ostentaciones el origen de la primera imagen de la diosa despojada de todo vestido: la *Afrodita de Cnido*. Si en verdad Friné inspiró el nuevo icono, la acusación de impiedad estaba servida²¹.

Como vemos, a Friné no le asustaban las consecuencias de sus actos jactanciosos, pues, no contenta con aquello, erigió, en un lugar preeminente de Delfos, una estatua suya esculpida también por su amante Praxíteles. De las fuentes que informan sobre esta cuestión, pese a no coincidir en los detalles, se desprenden varias cuestiones importantes: la nobleza de materiales, la inscripción y la relevancia de su emplazamiento. Para seguir con las palabras que Ateneo pone en boca de su personaje Mítilo:

De la misma Friné los vecinos hicieron una estatua de oro y la erigieron en Delfos sobre una columna de mármol pantélico; de ello se encargó Praxíteles. Al verla el cínico Crates dijo que estaba dedicada a la incontinencia de los griegos. Esta misma estatua está a medio camino entre la de Arquidamo, rey de los lacedemonios, y la de Filippo, el hijo de Amintas, y tiene como epígrafe «Friné, hija de Epicles, de Tespias», según dice Alcetas en el libro segundo de *Sobre las ofensas hechas en Delfos*²².

Diógenes Laercio, en cambio, atribuye la iniciativa a la propia hetera al referirse al comentario que Diógenes de Sinope —y no Crates—, añadió a la inscripción que ya sabemos que tenía la efigie:

Habiendo ofrecido Friné una Afrodita de oro en Delfos, escribió esto: «De parte de la incontinencia de los griegos»²³.

Alcifrón, por su parte, hace que Friné le escriba a su enamorado Práxiteles estas palabras:

Conseguiste que una estatua de tu propia amante se alce en un recinto sagrado: estoy colocada en medio de Afrodita y de Eros, obras también tuyas²⁴.

Plutarco, a través de su personaje Serapión, vuelve a atribuir las palabras a Crates y nos reubica la estatua de Friné:

²⁰ Se trata de un recurrente motivo artístico, como lo demuestran la gran cantidad de obras que lo reproducen. Entre las más famosas cabe destacar el *El nacimiento de Venus* de Boticelli, pintura en la que el autor, según los expertos, habría intentado reproducir la de Apeles; y la *Venus Anadyomene* de Tiziano.

²¹ Kenneth Clark, 1969: 133, también ha sugerido la relación entre las acusaciones y el hecho de haber inspirado Friné los primeros desnudos de Afrodita. Según mantiene Mossé, 1990: 82, omitiendo sus fuentes, la acusación de impiedad de Friné se basaba en la introducción en Atenas de un culto a una divinidad nueva, una liturgia que implicaba ceremonias secretas en las que participaban de manera conjunta hombres y mujeres.

²² Ath. XIII 59.

²³ D. L. VI 60.

²⁴ Alciph. IV 1.

Mira allá arriba y contempla, en medio de los generales y los reyes, la Mnesarate de oro que Crates dijo que estaba dedicada como monumento a la incontinencia de los griegos²⁵.

En efecto, son diversos los autores que nos hablan de la efigie de Friné que en Delfos ocupaba un lugar de importancia. También Plutarco nos dice que fue esculpida por Praxíteles, a la vez que aprovecha para exponer un razonamiento moral que Teón dirige a Serapión:

Me parece que también tú intentas excluir del santuario a una pobre mujer que ha usado la juventud de su cuerpo de un modo impropio de personas libres, mientras que viendo al dios completamente rodeado de primicias y diezmos de matanza, guerras y pillajes y su templo abarrotado de botín de guerra y de despojos helénicos no te enojas ni compadeces a los griegos al leer sobre las hermosas ofrendas las más vergonzosas inscripciones [...]. Sin embargo Praxíteles fue al parecer el único que afligió a Crates por haber obtenido para su amante un lugar aquí, él a quien Crates debería alabar, porque junto a esos áureos reyes colocó a una áurea hetera, echando en cara a la riqueza que nada tiene de admirable ni de noble. Ofrendas de justicia, en efecto, de prudencia y de magnanimidad es propio que dispongan al lado del dios los reyes y los gobernantes, no de áurea y suntuosa opulencia, de la cual participan también quienes han vivido del modo más vergonzoso²⁶.

De los pasajes plutarquianos podemos colegir varias cosas: que, en realidad, la ubicación en lugar preferente fue mérito de Praxíteles, motivo que origina la gratitud de Friné hacia su amante, tan explícita en la carta de Alcifrón; que un cínico se aprovechó de la ofrenda para criticar la incontinencia de los griegos y el áureo material que denotaba la riqueza de la hetera, y que, en efecto, Crates o, en su caso, Diógenes, como correspondería a un cínico, debería haberse fijado antes en la inconsistencia de la riqueza, ajena a la nobleza de espíritu y capaz de igualar a personas de toda catadura moral, que en el desenfreno de los griegos.

Pero, volviendo a Friné, vemos que se mueve en un entorno de grandezas, por lo que no debe resultarnos insólito el hecho de que se hubiese ofrecido a reedificar las murallas de Tebas:

Friné era muy rica y prometía cercar con muros Tebas, a condición de que los tebanos escribieran la inscripción «Alejandro las derribó y Friné, la hetera, las reconstruyó»²⁷.

Como si de una soberana se tratase, Friné estaba dispuesta a sufragar los gastos de una colosal construcción civil, a cambio de igualarse con el emperador, aunque sólo fuera en el rótulo.

Mnesarete, convertida ya en «Friné, hija de Epicles, de Tespias», nos ha dado suficientes pruebas de su afán de majestad, esplendor que consiguió por muchos medios propios si bien su amante Praxíteles, al tomarla como modelo para su Afrodita Cnidia —imagen desnuda de la diosa—, la elevó definitivamente a los altares, si hemos de creer la palabras de Plinio:

²⁵ Plu. *Moralia* VI 401a.

²⁶ Plu. *Moralia* VI 401b-e.

²⁷ Según cuenta Calistrato en su obra *Sobre las cortesanas*. Ath. XIII 60.

Hay obras suyas en Atenas, en el Cerámico, pero su Venus está a la cabeza, no sólo de toda su producción, sino de la de todos los artistas del mundo, y mucha gente hace la travesía de Cnido para ir a verla. Había hecho y puso a la venta al mismo tiempo dos Venus, de las cuales una estaba vestida. Los habitantes de Cos que habían hecho el encargo, prefirieron esta última; de las dos, Praxíteles había pedido el mismo precio, pero a ellos les pareció austera y casta la actitud de la segunda. Los de Cnido compraron la que no habían querido los otros, cuya fama superó infinitamente.

Más tarde, el rey Nicomedes quiso comprarla a los de Cnido y prometió pagar la totalidad de las deudas —que eran muchas— de su ciudad. Pero ellos prefirieron aguantar, y no sin razón. Es en efecto esta estatua de Praxíteles la que elevó a Cnido a la gloria. El templo donde se encuentra está abierto por todos lados, de manera que de cualquier parte se puede perfectamente ver la estatua, en cuyo trabajo la diosa misma, se cree, se interesó, Y, sea cual sea el ángulo desde el que se la mire, la admiración es la misma. Según la tradición, un hombre se enamoró de ella, se escondió durante la noche, la abrazó y una mancha traicionó su pasión²⁸.

La maravillosa Afrodita no dejó indiferente a nadie, quizá por ser la primera imagen desnuda de la diosa o tal vez por la exquisita belleza de Friné que el escultor supo transferir al mármol. Y es que Praxíteles, como ya sabemos, estaba profundamente enamorado de su modelo, motivo que le llevó a hacer inscribir estas palabras en el pedestal de Eros:

Praxíteles retrató con perfección el Eros que sufría,
sacando el modelo de su propio corazón,
a Friné entregándome como mi propio precio. Filtros de amor lanzo
ya no como si lanzara dardos, sino fijando la mirada sobre mí mismo²⁹.

Con todo, pensamos que fue el apasionado amor del escultor en combinación con su artística destreza y la deslumbrante belleza de Friné lo que hizo posible la creación de algunas de las estatuas más bellas de la Antigüedad, de la que sin duda, la de Cnido fue la más célebre³⁰. Clark, refiriéndose a la Afrodita Cnidia, escribe:

Pero nadie negaba que la Afrodita De Cnido fuera la encarnación misma del deseo físico, ni que esta fuerza oscura e irreprimible fuese un elemento de su carácter sagrado. [...] En lo sucesivo ninguna religión sabrá sin duda asimilar la pasión física con una serenidad, una dulzura y un natural tales que todos los que la contemplaban comprendían que esos instintos que compartían con las bestias, los compartían de igual manera con los dioses. Fue seguramente el triunfo de la belleza; y para los griegos, ésta no era sólo la obra de Praxíteles, ella estaba ya presente en su modelo, Friné. Friné compartía con él el mérito de estos desnudos admirables con los que enriqueció el mundo griego³¹.

La belleza inaudita de Friné ha pasado a la historia, quizá porque inspirara el cambio que la obra de Praxíteles significó en la evolución de la escultura griega; no sólo el escultor amante de la hetera realizó el primer desnudo de la diosa, sino que introdujo lo que más tarde se llamó la curva praxiteliana, dotando a sus creaciones de un movimiento ondulante y sensual, quién sabe si inspirado en la anatomía sinuosa de su amada.

²⁸ Cf. Plin. *Nat.* XXXVI 20, 21. Respecto de la última anécdota narrada en este pasaje, en la nota 3 del parágrafo 21 explica el comentarista A. Rouveret que quizá semejante historia sea inspirada por la nueva imagen de Afrodita desnuda.

²⁹ Ath. XIII 59.

³⁰ Kennet Clark, 1969, 133.

³¹ Kennet Clark, 1969: 136.

Hemos visto a Friné servir de excusa para que Diógenes expresara su opinión acerca de la incontinencia griega. Pero ésta no iba a ser la única vez que la de Tespias tendría algo que ver con un filósofo. Diógenes Laercio nos cuenta esta anécdota en relación con Jenócrates:

Y en cierta ocasión también la cortesana Friné quiso tentarlo y como si fuera perseguida por algunos se refugió en su pequeña habitación. Él la acogió por humanidad y, a sus ruegos, le permitió compartir su cama, del único y estrecho lecho que allí había. Y al fin, después de muchos intentos vanos, ella se levantó sin lograr nada, y decía a los que le preguntaban que no había dejado atrás un hombre, sino una estatua³².

Así, Friné es el núcleo de dos episodios que contrastan dos actitudes humanas bien distintas: la del hombre común y la del filósofo: el uno, esclavo de sus pasiones; el otro, dueño de sí mismo.

2. Teodota o la falsa ingenuidad

De Teodota, por desgracia, no poseemos tantos testimonios, sin embargo del relato de Jenofonte en las *Memorables* podemos extraer algunas conclusiones. Dice así:

Había entonces en Atenas una hermosa mujer llamada Teodota, que alternaba con quien era capaz de convencerla. Un día la mencionó uno de los presentes, diciendo que su belleza superaba toda ponderación, asegurando que los pintores iban a su casa para pintarla y que ella les enseñaba de su cuerpo lo que le convenía³³.

Este primer fragmento del pasaje se muestra ya muy ilustrativo, pues nos sitúa ante una mujer de atributos nada desdeñables: poseedora de inteligencia y de una belleza indescriptible, ejerce de modelo de artistas pero siempre dominando ella la situación, pues además de mostrar sólo las partes de su cuerpo que le convienen, elige con total libertad sus relaciones. Estamos, pues, ante otra mujer libre, que toma sus propias decisiones en beneficio propio, como podremos observar en la continuación del relato. De momento, Sócrates, al oír lo que decía de ella uno de los presentes quiso ir a verla y hacia su casa se dirigió el filósofo con sus acompañantes. La encontraron posando para un pintor y se quedaron a contemplar la escena. Cuando el pintor hubo acabado, Sócrates inicia uno de sus típicos juegos dialécticos, preguntando a sus compañeros si eran ellos los que se debían mostrar agradecidos a Teodota por haberles permitido contemplarla o si, en cambio, es ella quien debería agradecerles a ellos que la contemplasen. Al convenir que la mujer era la beneficiada de las alabanzas y posibles admiradores que se derivasen de los comentarios que hicieran sobre sus encantos, además de sufrir ellos la desazón que les producía no poder tocar aquello que habían contemplado y que ya tanto deseaban, la misma Teodota concluye el tema diciendo que, de ser así, es ella la que debería agradecerles la contemplación.

Esta manera de aceptar sin réplica la reflexión de Sócrates denota varias cosas: una, que el buen juicio de la mujer admite la lógica aplastante de la exposición del filósofo; dos, que no quiere alargar el tema del agradecimiento porque está interesada en tratar con Sócrates otros asuntos más productivos; y, tres, que no quiere incomodar al visitante para impedir que se aleje sin haber sacado de él lo que espera conseguir.

³² D. L. IV 7. Esta actitud de Jenócrates recuerda la que mantuvo Sócrates cuando durmió con Alcibiades. Cf. Catalina Aparicio, 2007: 2, 3.

³³ X. *Mem.* III 11, 1.

Prosigue Jenofonte:

En este momento, al ver que ella iba muy ricamente ataviada y que su madre estaba a su lado con un vestido y unas galas poco comunes, y además muchas criadas de buen aspecto y muy arregladas, y encima de eso una casa equipada sin reparar en gastos, dijo Sócrates:

- Dime, Teodota, ¿tienes tierras?
- No.
- ¿Tienes entonces una casa que te produzca rentas?
- Tampoco tengo casa.
- ¿Tendrás al menos gente asalariada?
- Tampoco tengo asalariados.
- Entonces, ¿de dónde sacas tus ingresos?
- Si algún amigo está dispuesto a ayudarme, ése es mi medio de vida.
- ¡Por Hera!, Teodota, hermoso capital: mucho mejor tener un rebaño de amigos que tenerlo de ovejas, de cabras o vacas. Pero, ¿te entregas al azar, a ver si un amigo te revolotea como una mosca, o tú personalmente te ingenias de alguna manera?
- ¿Cómo podría yo encontrar algún ingenio para ello?³⁴

Aquí vemos que Teodota vive como una gran señora gracias a la generosidad de sus benefactores. Asimismo, se observa de nuevo la independencia de la hetera para elegirlos con toda libertad a la vez que, como bien apunta Mossé, «la posibilidad de disfrutar de rentas de bienes raíces —lo cual es claro que implica la existencia en Atenas de cortesanas nacidas de padres atenienses—, de una casa o de un taller de esclavos»³⁵. Además, cabe destacar que, como suele suceder en escenas de heteras, está presente la madre, pero no padre, hermano ni, como es de esperar, esposo. Esto demuestra que, como ya hemos dicho, las heteras no están sometidas al amparo de ningún *kyrios*. Tampoco debe pasarnos desapercibida la fingida ingenuidad de la mujer, que pregunta a Sócrates acerca de los ingenios que debería utilizar para proporcionarse amigos que la mantuvieran. Está claro que posee una gran sabiduría al respecto, pues la descripción de su casa y ajuar la delatan. En todo caso, Sócrates no va a desaprovechar la ocasión de jugar con su interlocutora, quizá para conseguir algo más que un entretenimiento conversacional, aunque sólo fuese la libertad para visitarla a su antojo, pues, al parecer, asistía con asiduidad a contemplar a la mujer mientras posaba³⁶. Así, ambos se adentran en la magia del diálogo; el uno para exponer las teorías cinegéticas que la hetera deberá desarrollar si en verdad quiere cazar *buenos amigos*; la otra, para representar el papel candoroso de la inocencia que se deja asesorar por un hombre sabio. A la exposición que le va haciendo Sócrates ella pregunta de esta manera:

- ¿Me aconsejas entonces que también yo me teja una trampa parecida?
- [...]
- ¿Y con cuál de estas artimañas podría yo cazar amigos?
- [...]
- ¿Pero qué clase de redes tengo yo?
- [...]
- ¡No, por Zeus!, dijo Teodota, yo no me ingenio con ninguna de esas mañas.
- [...]

³⁴ X. *Mem.* III 11, 4-5.

³⁵ Mossé, 1990: 74.

³⁶ Luri, 2004: 40.

- ¿Y cómo podría yo infundir apetito de lo que tengo?
- [...]
- ¿Y cómo podría yo convencerte?³⁷

Todas estas pacatas intervenciones retratan de manera magistral a nuestra hetera, que juega con mojigatería fingida a seducir a Sócrates. La actitud del filósofo tampoco desmerece la representación, pues también interpreta con su desenvoltura habitual un papel muy preciso encaminado a ganarse la aceptación de la mujer. Es de todos conocida la parquedad socrática, con lo que no sería su fortuna lo que le abriría las puertas de la mujer. Por eso, el filósofo, haciendo gala de la ironía que le caracteriza, además de presentarse como un hombre ocupado en múltiples asuntos públicos y privados, cuando toda Atenas conocía su ocio proverbial, simula conocimientos mágicos capaces de atraer a las personas, para terminar con la fórmula que las cortesanas utilizaban cuando no les era grato quien las requería.

La belleza de Teodota, aunque inefable, no ha inspirado tanta literatura como la de Friné; esto tal vez se deba a que no tuvo la suerte de que un artista de la talla de Praxiteles supiera inmortalizarla. Pensamos que no debió ser nada desdeñable cuando encontramos a Sócrates deseoso de ir a contemplarla, como nos dice Ateneo:

Cuando alguien dijo que era muy hermosa (*sc.* Teodota) y que tenía un pecho con más poder que cualquier discurso, repuso Sócrates: «debemos ir a ver a esa mujer, pues es cierto que no se puede juzgar la belleza de oídas.»³⁸

Se encuentra fascinado ante ella un hombre que se dejaba seducir antes por los encantos de los efebos que por mujeres hermosas. Y hablando de efebos, conviene recordar que la tradición le atribuye a Teodota haber sido la amante del bello Alcibiades, al que acompañó en sus campañas y a quien hizo enterrar al ser asesinado en Frigia. Así lo cuenta Ateneo:

Alcibiades siempre tuvo a su alrededor dos heteras, Damasandra, la madre de la Laide más joven, y Teodota. Ésta última, tras morir él, víctima de la maquinación de Farnabazo, se ocupó de su entierro en la aldea de melisa de Frigia³⁹.

Si bien parece que su vida en común fue bastante azarosa, fue siempre leal a su amante y única acompañante en sus exequias⁴⁰.

3. Otros datos y algunas conclusiones

Los testimonios que venimos analizando sobre las dos mujeres que nos ocupan dan sobrada muestra de las cualidades que ambas poseían. La belleza es quizá la más explícita, pues que las dos exhibieran su cuerpo con fines artísticos no es una anécdota sin importancia. Conocemos el ideal de belleza griego, concepto al que parece que se aproximaban los cuerpos de las dos féminas, pero, si tomamos en consideración otros comentarios, veremos que el hecho de ejercer de modelos supone en nexo común entre heteras. Veamos el caso de Laide, a modo de ejemplo:

³⁷ X. *Mem.* III 11, 7-5.

³⁸ Ath. XIII 54.

³⁹ Ath. XIII 34.

⁴⁰ Luri, 2004: 41.

Tan bella era Laide, que los pintores iban a ella para reproducir los pechos y el busto de esta mujer. En un tiempo Laide, rivalizando con Friné, tuvo una gran turba de amantes, y no hacía distinción de rico o pobre ni los trataba con desdén. Aristipo pasaba cada año dos meses con ella en Egina, durante el festival de Poseidón. Y al ser injuriado por Hicetas diciéndole: «tú le das a Laide mucho dinero, y, sin embargo, ella se revuelca de balde con Diógenes el perro», el contestó: «yo mantengo con mucho dinero a Laide, para disfrutar yo mismo con ella, no para prevenir que otro no lo haga.» Y cuando le dijo Diógenes: «Aristipo, tú cohabitas con una puta común, de manera que hazte cínico como yo o déjalo estar», Aristipo contestó: «¿no te parece fuera de lugar, Diógenes, habitar en una casa en la que antes habitaron otros?» «Pues no», repuso. «¿Y qué te parece navegar en una nave en la que muchos lo han hecho?» «Tampoco eso» –contestó. «Así pues, de esta manera tampoco está fuera de lugar estar con una mujer de la que muchos se han servido.»⁴¹

Sobran las palabras. De nuevo la extrema belleza quiere ser plasmada por artistas, y un gran número de amantes, entre los que destacan dos filósofos, configuran al personaje.

Este texto también es interesante porque coloca a tres filósofos de diferentes escuelas en discusión a causa de una hetera. Al pitagórico Hicetas⁴² le preocupa que Aristipo deba pagar cuando la mujer retoza con Diógenes sin cobrar nada. A Diógenes, que como cínico parece atribuirse el patrimonio de las relaciones con prostitutas, le parece incompatible este tipo de vínculo para un cirenaico, de quien se esperaba una elección más selecta, por aquello del placer.

En todo caso, éste no es el objeto del trabajo que nos ocupa, pero sí es interesante observar que las relaciones entre filósofos y heteras estaban a la orden del día. En este sentido Mirtilo, el personaje de Ateneo, hace un catálogo de filósofos y cortesanas, emparejando a Epicuro y Leoncio, también dedicada a la filosofía; a Aristóteles con Herpilide, con quien tuvo un hijo; y a Platón con Arqueanasa, la hetera de Colofón. Tanto Friné como Teodota protagonizan episodios con filósofos. Ya hemos visto a Teodota hablar con Sócrates; a Friné, servir de excusa para que Diógenes expresara su opinión acerca de la incontinencia griega, además de su episodio con Jenócrates; y Laide fue «amante de Aristipo, del orador Demóstenes y de Diógenes el perro»⁴³.

Además de hermosura, estas mujeres estuvieron también dotadas de inteligencia, que ha quedado plasmada en las referencias que de ellas tenemos y que observamos, bien en las respuestas ingeniosas de Friné, bien en la ingenuidad expresada por Teodota. Las riquezas que poseyeron y los hombres que cautivaron responden al uso que hicieron de sus atributos, más allá de los puramente físicos. No es fácil imaginar a Sócrates perdiendo el tiempo con una mujer que no supiera seguirle el juego de su discurso; tampoco debemos obviar la exhibición que Friné hace de su lengua desatada. Parece que el éxito de ambas debía sustentarse en algo más que en sus atractivos físicos.

El recorrido que hemos realizado por los testimonios que nos hablan de Friné y Teodota y de otras heteras nos permite sacar algunas conclusiones. Parece ser que las características que adornan a nuestras protagonistas son comunes a la mayoría de las mujeres que optaron por abandonar la atmósfera cerrada del hogar para llevar una vida pública, al menos a aquellas de las que poseemos referencias. Belleza, inteligencia, riqueza, amantes significativos, contactos con filósofos y ser víctimas de acusaciones son algunos de los rasgos más habituales en este colectivo de mujeres. A modo de ejemplo, baste este pasaje de Ateneo:

⁴¹ Ath. XIII 54, 55. Cf. D. L. II 74.

⁴² Hicetas de Siracusa. Cf. D. L. VIII 85.

⁴³ Ath. XIII 54.

Otro de los rasgos que comparten estas mujeres es el hecho de ser víctima de acusaciones. Al proceso que sufrió Friné podemos añadirle la denuncia contra Neera, que dio lugar al famoso discurso *Contra Neera* de Demóstenes, que incluye el tan citado pasaje acerca de las funciones que los griegos atribuían a las esposas, concubinas y heteras⁴⁴. También Aspasia fue procesada por la acusación de impiedad y libertinaje que el poeta cómico Hermipo formuló; fue defendida por Pericles y absuelta⁴⁵.

En definitiva, podemos concluir que las heteras, más que mujeres singulares de quien se nos ofrecen sus rasgos distintivos, conforman un personaje estereotipado sobre todo en la Atenas del siglo IV a.C. Se trata de un colectivo perfectamente definido por los rasgos que hemos señalado, donde el dinero, ganado con la venta de la compañía —en sentido amplio— de sus integrantes, otorga el poder que, a su vez, confiere la libertad. Aunque parezca existir una contradicción entre venta de compañía y libertad, defendemos la independencia de las heteras porque, aunque comercio, realizan un negocio autónomo, una transacción que cada mujer lleva a cabo de forma individual y que, sin ninguna clase de intermediarios, sus preferencias parecen ser su única guía.

Bibliografía

a. Estudios

- APARICIO, C. (2007): «Diógenes Laercio IV 7 y VI 60: la provocación de Friné frente a la continencia del sabio». *Actas del XII Congreso de la Sociedad Española de Estudios Clásicos*. Valencia, 2007. En prensa.
- CLARK, K. (1969): *Le nu*. Paris, Le Livre de Poche.
- CORTÉS, F. (2005): «La mujer ateniense vista desde la oratoria» en Jesús M^º Nieto Ibáñez (Coord.): *Estudios sobre la mujer en la cultura griega y latina*. Universidad de León. Secretariado de publicaciones.
- LURI, G. (2004): *Guía para no entender a Sócrates: reconstrucción de la atopía socrática*. Madrid, Editorial Trotta.
- MOSSÉ, C. (1990): *La mujer en la Grecia Clásica*. Madrid, Editorial Nerea.
- PÉREZ-PRENDES, J. M. (2005): «El mito de Friné: nuevas perspectivas» en Anuario Real Academia de Bellas Artes de San Telmo. Málaga
- SANCHÍS, J. L. (ed.) (1994): *Ateneo de Náucratis. Sobre las mujeres. Libro XIII de la cena de los eruditos*. Madrid, Akal.

b. Ediciones

- DIÓGENES LAERCIO (2007): *Vidas de los filósofos ilustres*. Madrid, Alianza Editorial.
- JENOFONTE (1993): *Recuerdos de Sócrates*. Madrid, Editorial Gredos.
- PAUSANIAS (2002): *Descripción de Grecia*. Libros I-II. Madrid, Editorial Gredos.
- PLINE L'ANCIEN (1981): *Histoire Naturelle*. Livre XXXVI. Paris, Société d'Édition Les Belles Lettres.
- PLUTARCO (1996): *Vidas paralelas*. Vol. 2. Madrid, Editorial Gredos.
- (2001): *Obras morales y de costumbres*. Madrid, Editorial Gredos.
- TEOFRASTO; ALCIFRÓN (2000): *Caracteres; Cartas de pescadores, campesinos, parásitos y cortesanas*. Madrid, Editorial Gredos.

⁴⁴ «A las heteras tenemos por placer, a las concubinas para el servicio de cada día, y a las esposas para engendrar hijos legítimamente y tener una guardiana de nuestras cosas digna de confianza.» Demóstenes LIX 122.

⁴⁵ Plu. *Vidas paralelas*. Pericles. Cf. Ath. XIII 56.